

Las personas normales pueden ser más peligrosas que las excéntricas y el horror surge de historias humanas en su monstruosa inhumanidad, con la que se trata de convivir y en vano comprender. Y es que los fantasmas existen (un producto del deseo inconsciente), y las pesadillas son el resultado de la razón. Es lo que muestra este trío de novelas del maestro de la llamada literatura fantástica. Y es que nunca acabamos conociéndonos del todo.

H. P. Lovecraft

El fantasma de Providence



Novelas

POR MANUEL ARRANZ

■ Es inevitable que los hechos susciten dudas, pues si suprimiéramos todo lo que parece extravagante o increíble no quedaría nada.

Empecemos de forma lovecraftiana: «el fantasma es una identificación imaginaria en la que se halla presente el sujeto y que representa, en forma más o menos deformada por los procesos defensivos, la realización de un deseo y, en último término, de un deseo inconsciente». Ésta es la definición de fantasma que da el célebre diccionario de psicoanálisis de L. Laplanche y J.-B. Pontalis, y si la traemos a colación en esta reseña sobre algunos relatos de H.P. Lovecraft recientemente vueltos a publicar, en excelentes traducciones, es para que nadie se llame a engaño. Los fantasmas existen. Y no están debajo de la cama precisamente. Estamos hablando del deseo.

Hay autores que son en sí mismos un género literario. No tienen discípulos ni maestros, aunque sí numerosos imitadores, que por regla general no suelen pasar de eso, de meros imitadores. Y aunque siempre haya imitaciones buenas y malas, todas imitan la apariencia, lo insustancial, lo anecdótico, porque lo esencial es, por definición, inimitable. Howard Phillips Lovecraft fue uno de esos inimitables autores que ha tenido y sigue teniendo todavía hoy un ejército de imitadores. Sus historias no son, estrictamente hablando, historias de fantasmas. Son historias de hombres, hombres normales y corrientes, con «gustos raros», como lo fue él mismo. Historias que nos asoman a los abismos del alma humana, cuyas oscuras pasiones la mente no se atreve a formular. Las pesadillas de las que nos habla Lovecraft no son un producto de una mente enferma sino un producto de la razón. Son pesadillas en la misma medida que un crimen es una pesadilla, algo contra natura, inhumano, monstruoso, y sin embargo algo cotidiano con lo que el hombre se ha acostumbrado a convivir y trata en vano de comprender. Todo el horror y el

espanto de las tétricas y perversas historias de Lovecraft reside en ese simple hecho: son historias humanas, humanas en su monstruosa inhumanidad, historias de deseos oscuros, inconfesables, historias con finales no por previsible menos inquietantes.

Nada inhumano me es ajeno

Las novelas de Lovecraft son formalmente impecables. Sus argumentos están contruidos más como argumentaciones que como argumentos propiamente dichos. La sucesión de los hechos que se relatan responde siempre a una lógica rigurosa y sus monstruos y sus fantasmas son tan humanos o tan inhumanos como sus creadores. Tienen las mismas pasiones, sólo que multiplicadas y sin inhibiciones, y dan rienda suelta a todo lo que los hombres reprimen por cautela o miedo a las consecuencias. En *El resucitador*, un soberbio e inquietante relato, un hombre afable y siempre dispuesto a sacrificarse por sus semejantes se convierte en un monstruo cruel y vengativo; cosa que da bastante que pensar sobre el bien y el mal. En cuanto a los experimentos a que se consagra el cirujano Herbert West en esa misma novela sobre las células orgánicas y los tejidos nerviosos seguramente parecerán hoy un juego de niños a los científicos. Y algo similar podría decirse de la cirugía reconstructiva que practicaba el susodicho. ¿Pero acaso no anticipan también las mutaciones de Lovecraft las clonaciones de hoy en día de las que sabemos tan poco? Hay campos, la medicina es uno de ellos, en los que la ciencia ficción tiene menos de ficción que de ciencia. Sin embargo no sería justo encasillar a Lovecraft en el género ciencia ficción, como no es justo encasillar a *Simenon* en el género policíaco. *El resucitador* y *El caso de Charles Dexter Ward* son dos variaciones sobre un mismo tema, sobre un mismo mito: la reencarnación, la lucha contra la muerte, la vida eterna. Un tema recurrente en toda su obra. En cambio *En las montañas de la locura*, es el apasionante relato de una expedición científica a la Antártida en el que se puede escuchar un eco de «las turbadoras y enigmáticas Aventuras de Arthur Gordon Pym». Un relato de terror cósmico

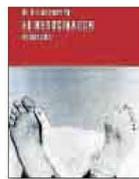
EPITAFIO

«Yo soy Providence»

► Howard Phillips Lovecraft nació en Providence (Rhode Island) en 1890 y murió en 1937 a la edad de cuarenta y seis años de un cáncer intestinal. Hijo único, niño prodigio y de naturaleza enfermiza, perdió tempranamente a un padre con trastornos mentales y fue criado por su madre y dos tías solteras. Lovecraft apenas salió de su Providence natal, escenario de algunas de sus obras, donde llevó una vida solitaria, anodina y enfermiza. Y como suele ser el caso muchas veces su vida prefigura su obra, una obra que en vida de su autor apenas rebasó un círculo de fieles seguidores. Con el tiempo esos seguidores se multiplicarían por todo el mundo y harían de Lovecraft y su obra un culto que excede con creces el ámbito puramente literario. «Yo soy Providence» reza en su lápida.

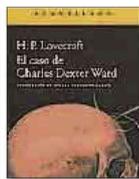
al estilo de Poe al que tanto admiraba Lovecraft.

El estilo de Lovecraft es un estilo casi periodístico, del bueno se sobreentiende. Sus minuciosas y precisas descripciones tienen la verosimilitud y el detalle de las observaciones del natural, cuando lo que se está describiendo no es obviamente más que un producto de su imaginación. Lovecraft no mezcla sin embargo lo imaginario con lo real, ni sume al lector en la confusión de manera que nunca sabe qué es real y qué es imaginario, como sucede en Poe tantas veces. En el caso de Lovecraft lo imaginario está al servicio de lo real, es tan real como lo real, es lo real. Y no necesita efectos especiales para sobresaltarnos. Los efectos especiales son un recurso fácil que se agota en sí mismo. Pues es difícil que un mismo efecto pueda repetir su efecto una segunda vez, y una vez nos acostumbramos a ellos ya somos capaces de predecirlos con la suficiente antelación como para que pierdan su pretendido efecto. Lovecraft no juega a asustarnos. Él nos habla de parcelas ignotas de nosotros mismos que sólo ocasionalmente, y por algún desdichado azar, salen a la superficie, para volver a hundirse acto seguido en las profundidades de las tinieblas de nuestra conciencia. Nos habla de «realidades innombrables que subyacen tras las ilusiones protectoras de lo que ve-



H. P. LOVECRAFT
El resucitador

► Traducción de Juan Cárdenas
CÁCERES, PERIFÉRICA, 2014



H. P. LOVECRAFT
El caso de Charles Dexter Ward

► Traducción de Miguel Temprano García
BARCELONA, ACANTILADO, 2014



H. P. LOVECRAFT
En las montañas de la locura

► Traducción de Miguel Temprano García
BARCELONA, ACANTILADO, 2014

mos normalmente». Y como en lo que no se piensa no existe, pronto volvemos a tranquilizarnos, volvemos a la realidad. Por lo demás, ante cualquier mis-

terio siempre tenemos una explicación tranquilizadora a mano en la que fingimos creer. Las verdades de la ciencia siempre nos parecen incuestionables, mientras no sea la propia ciencia la que las desmienta.

La normalidad no existe

«Joseph Curwen, a tenor de lo que revelaban las enrevesadas leyendas materializadas en lo que había descubierto y oído Ward, había sido un individuo sorprendente, enigmático, siniestro y horrible». Así empieza el segundo capítulo de *El caso de Charles Dexter Ward*, una de sus novelas más célebres, y si lo citamos es porque es un párrafo típicamente lovecraftiano. Leyendas enrevesadas que alguien irá desentrañando poco a poco, y un personaje, si es un antepasado mejor que mejor, enigmático y siniestro,

al que también iremos conociendo poco a poco, como a nosotros mismos, que aunque nunca nos calificaríamos de siniestros y horribles tampoco acabamos de conocerlos del todo. El mundo está lleno de excéntricos, liberales, disidentes y solitarios, aunque la mayoría sean hoy inofensivos y tengan generalmente más peligro las personas normales, tradicionales y sociales. El mundo ha cambiado mucho, pero en tiempos de Lovecraft las personas todavía aparentaban lo que eran. Salvo los escritores, que siempre han sido unos maestros del disimulo. Por lo demás, esos cuatro adjetivos que definen a los personajes de Lovecraft: excéntrico, liberal, disidente y solitario, definen también bastante bien la clase de hombre que fue él. «Un individuo mediocre y poco interesante a pesar de sus gustos raros (...) una criatura prosaica cuyas obras difícilmente pueden llamarse verdadera literatura». Esto lo escribía él de sí mismo cuando tenía treinta y nueve años y una considerable obra ya a sus espaldas. ¿Estaba siendo sincero? Hijo único, niño prodigio y de naturaleza enfermiza, toda su vida pasó apuros económicos. Hoy sin embargo pocos autores pueden preciarse de tener más adeptos que Lovecraft, mientras que su obra es considerada como una de las cumbres de la llamada literatura fantástica.

